

A río revuelto.

El sindicalismo libre en la ciudad de La Plata en los albores de la Revolución Libertadora

Introducción

El 16 de Septiembre de 1955 comenzó un golpe de Estado que en cuestión de días desalojaría de la presidencia y llevaría al exilio a Juan Domingo Perón. Tras de sí dejaba una estructura sindical *de estado*, verticalista y en gran medida desmovilizador (Doyon 2006) pero que entraría en una etapa de reordenamiento. Este proceso ha sido analizado desde de dos perspectivas. Por un lado se afirmó que tuvo como consecuencia la desmovilización y el aislamiento de los trabajadores para los primeros años de la década del sesenta, después de una etapa de intensa movilización de base -que superó incluso a la voluntad de las dirigencias (James 2006). Por otro se sostiene que lo que existió fue la reorganización de la clase y el definitivo triunfo de una nueva dirigencia sindical que ya no estaba dispuesta a perder lo ganado, es decir que ya había satisfecho sus demandas orgánicas, como sostiene Schneider (2005) que devendrá incluso en la conformación de nuevas dirigencias gremiales más combativas para fines de los sesenta.

En ambos casos la especificidad del proceso inmediatamente posterior al triunfo de la *Libertadora*, queda anulado.

Sin querer escapar a esta lógica el siguiente trabajo se presenta más como un abordaje monográfico que procurará realizar un ejercicio de abstracción en relación con el desenlace posterior. El objetivo es presentar la experiencia de la Central de Enlace Nacional de Emergencia (CENE) establecida en la ciudad de La Plata. El organismo, filiado al sindicalismo “libre”, intentó sin éxito disputarle a las autoridades sindicales de la Confederación General del Trabajo (CGT) la representación de los trabajadores argentinos. Esta experiencia fugaz tuvo su marco de posibilidad en el desconcierto que significó en el plano sindical los días posteriores al golpe de Estado del 16 de Septiembre de 1955. El contexto estuvo marcado por la profundización de las disputas por el control de sindicatos – que incluyó tomas violentas de algunas sedes sindicales-, la acentuación de la debilidad de los dirigentes sindicales que quedaron con el control de la sede de la CGT, el avance patronal en pos de recuperar el control de la producción. Al mismo tiempo el conglomerado

antiperonista se dividió en distintos proyectos sobre el futuro del sindicalismo entre una postura conciliadora con las autoridades sindicales peronistas encarnadas por el General Eduardo Lonardi y otra de carácter netamente liberal, profundamente antiperonista y antisindical encarnada en la figura del Almirante Isaac Rojas.

El triunfo definitivo de este último proyecto con la intervención de la CGT el 13 de Noviembre, determinó, al contrario de lo que podría pensarse debido a ciertas coincidencias ideológicas, el ocaso de las aspiraciones del sindicalismo libre en su versión antiperonista. A partir de allí la CENE buscó sostenerse como espacio de referencia, pero la renuncia de sus miembros –sin dudas bajo la creencia de que podrían sostener su actividad en base a los gremios que contralaban- los dejó sin el sustento institucional que significaba la delegación Regional de la CGT La Plata y por tanto no los dejó en una condición demasiado diferente a la de los dirigentes peronistas, con el agravante de la falta de apoyo popular. De todas maneras es menester señalar que no se intentará presentar a la CENE como un actor capaz de explicar el devenir del movimiento sindical del período abierto en 1955. Su lugar secundario en la historia está bien ganado. Más bien se trata de recuperar esta singular experiencia sindical en la medida en que no sólo se auto adjudicó la representación obrera, sino que gozó al menos del apoyo de una fracción de los trabajadores. De otra forma los resquemores que despertaron en los dirigentes de Azopardo, serían inexplicables. Esta última aseveración viene entonces a matizar la imagen de un antiperonismo conformado exclusivamente por sectores medios y patronales. Este señalamiento, entiendo, se vincula con la existencia de núcleos obreros anti peronistas aun durante el gobierno de Perón que encontraron en la situación de su derrocamiento una oportunidad para formular un desagravio a su propia acción sindical.

Este trabajo se desarrolla cronológicamente en el tiempo que duró el gobierno provisional del general Lonardi y los primeros días del gobierno del general Pedro E. Aramburu. Desde el 16 de Septiembre, cuando comenzó el proceso que derivaría en la derrota de las fuerzas leales al gobierno de Perón, y el 25 de noviembre de 1955, cuando asumió como interventor de la Delegación Regional La Plata de la CGT el capitán de fragata Miguel Ángel Víctor Rondina, desplazando a los dirigentes del CENE que ocupaban el local de la central obrera en La Plata.

El Sindicalismo Libre

El sindicalismo libre era ya visible desde fines de la década del cuarenta. Por lo general respondía a sectores desplazados de la dirigencia sindical por la peronización de los gremios, es decir, antiguos dirigentes gremiales cuya propia carrera sindical se vio truncada por el ascenso de los liderazgos peronistas. En algunos casos estos dirigentes lograron sostener sus liderazgos con posterioridad incluso a la adhesión formal de la central obrera a los postulados justicialistas¹, sin embargo el avance del Poder Ejecutivo sobre el control gremial les fue quitando cada vez más poder, declarando la intervención de algunos sindicatos. A esto se suma las imposibilidades de las oposiciones gremiales de intentar disputar el control de los gremios o al menos de compartir los espacios de dirigencia, en virtud de que solo una lista se hacía del control total del gremio. Así, los espacios de participación para la oposición sindical al peronismo se veían notablemente reducidos. Al decir de Alejandro Schneider “desde hacía varios años que las prácticas de los representantes gremiales distaban de ser democráticas” (Schneider 2005, p. 73). Esto no evitó que existieran resistencias obreras a las medidas llevadas adelante por el gobierno justicialista, y abundan los ejemplos de cómo estos márgenes de acción eran utilizados por los trabajadores (Contreras 2010; Doyon 2006; Fernández 2005) para romper con la lógica sindical que convirtió a la CGT en un canal de vehiculización de las propuestas gubernamentales, más que en canal de expresión de la clase obrera

De todas maneras no todas las puestas en escena de la oposición a los dirigentes sindicales cegetistas durante el peronismo provenían de sindicalistas *libres*, sino incluso de trabajadores peronistas: la reivindicación de la injerencia estatal en los organismos sindicales no fue un discurso legítimo. De hecho el propio gobierno sostuvo en su retórica durante toda la década la concepción de un sindicalismo con organizaciones libres y autodeterminadas (Schiavi 2013).

Aun así no se puede menospreciar el peso de la prédica del sindicalismo libre. Durante gran parte del gobierno peronista la familia del sindicalismo libre, que incluía diferentes adscripciones ideológicas tales como comunistas, anarquistas, laboristas y, principalmente, socialistas, abogó por la separación completa entre el Estado y el

¹ Formalmente este vínculo quedó sellado en el Estatuto aprobado por el Congreso General Extraordinario en su reunión de los días 17,18, y 19 de abril de 1950. En su preámbulo se definía a la doctrina peronista como “la que define y sintetiza las aspiraciones fundamentales de los trabajadores argentinos”

sindicalismo, e, incluso en mayor medida, el peronismo y el sindicalismo. Era claro en esto uno de los dirigentes socialistas más prominentes del periodo, Jacinto Oddone, quien presentaba en 1950 cuál era el problema del sindicalismo argentino: “fue absorbido por el gobierno, que lo inspira, que lo dirige, que le fija normas. Los dirigentes gremiales, son agentes del gobierno en el manejo de los sindicatos” (ibid. 1950, p. 8). Esto dejaba en la vereda de en frente a los verdaderos sindicalistas, a los libres, pero que debían enfrentar la detención en “Villa Devoto, que sus locales sean clausurados, como lo fueron los de la F.O.R.A., de la U.S.A., del C.O.A.S.I., que no responden al gobierno”.² La existencia de esta gran familia de sindicalismo libre aparece como una comunidad heterogénea, en el que varias filiaciones ideológicas se reconocían como libres, sumado esto al propio discurso oficial que presenta Schiavi en el que los sindicatos eran presentados, también, como independientes del gobierno.

Hay que sumar además la cuestión internacional en el caso del sindicalismo libre. La segunda posguerra habilitó el crecimiento de agencias internacionales sindicales pensadas para detener el avance comunista. El “sindicalismo libre” en este contexto significaba libre de comunismo. En la Argentina el grupo que encarnó esta versión fue el Comité Obrero de Acción Sindical Independiente (C.O.A.S.I.) pseudo socialista y anticomunista, antiimperialista y con tintes anticapitalistas, al tiempo que aliado de la *American Federation of Labour* (A.F.L.) norteamericana y afiliado a la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (O.R.I.T.) seccional de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (C.I.O.S.L.). Actuó durante y con posterioridad al peronismo (desde el exilio montevideano a partir de 1952) publicando un Boletín dirigido por Cándido Gregorio, en razón de sus vinculaciones internacionales, era básicamente anti comunista (Basualdo 2013 y 2014). Sin embargo en el caso del COASI el contexto argentino influyó definitivamente al extremo de alertar con mayor predicamento sobre el peligro de la extensión totalitaria representada por el peronismo en América Latina (a través de la Asociación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas - ATLAS) que sobre el peligro comunista.

² Se refiere a la Federación Obrera Regional Argentina (anarquista), la Unión Sindical Argentina (socialista), Comité Obrero de Acción Sindical Independiente (también de orientación socialista). *Ibidem*

La presencia socialista en el sindicalismo libre era evidente, y la acción del partido por medio de su coordinación gremial sostenía algunas posiciones de peso en algunos sindicatos, como el de ferroviarios. La resistencia de La Fraternidad a colaborar con la campaña electoral de 1952 aparece como una reacción del sindicalismo libre. En estos tópicos, entonces, se puede encontrar las pautas del sindicalismo libre: en primer lugar libre de la tutela oficial estatal, en segundo lugar libre de la adscripción política a partidos o doctrinas, y por otra parte una adscripción internacional, marcada por el anticomunismo característico de algunas asociaciones internacionales en la segunda post-guerra.

Con la eclosión del gobierno peronista el sindicalismo libre asumió un rol más destacado y se definió en los momentos iniciales del golpe por sus vertientes sindicalista y prescindente en lo político, antes que en su función de *libre de comunismo*. De todas maneras esta es una presunción sostenida en base a la actuación del sindicalismo libre en estos meses posteriores al triunfo del golpe de Estado, donde el predominio de la lógica política condensaba las acciones en torno a la desperonización. Durante estos dos meses y medio el sindicalismo libre buscó constituirse en alternativa al sindicalismo peronista y levantó las banderas de la democracia sindical y la conformación de un sindicalismo separado de la tutela estatal. En parte se trató también del retorno a una “tradición” pre peronista, de lucha y resistencia frente a la patronal y a los gobiernos que se consideraba perdida frente a la capacidad demagógica de Perón y el servilismo de los dirigentes cegetistas.

El panorama sindical bajo el gobierno de Lonardi

Dos problemas centrales aquejaron a las autoridades de la Revolución Libertadora. El primero, de carácter militar, se resolvió con el triunfo definitivo de las fuerzas golpistas el 21 de Septiembre. A pesar de algunas escaramuzas que encontraron en la ciudad de Rosario sus puntos más álgidos, la situación militar se resolvió favorablemente al amenazar el almirante Rojas con bombardear el complejo petroquímico de la ciudad de La Plata³, lo que

³ La ciudad de La Plata y sus alrededores fue uno de los escenarios donde el enfrentamiento adquirió proporciones militares. A la respuesta de la población civil de ciudades como Berisso y Ensenada se sumaron los enfrentamientos conocidos como la batalla de Isla Santiago, el hundimiento de un barco militar en la entrada del puerto La Plata, el bombardeo del barrio Campamento en Ensenada, el avance del regimiento de Azul sobre la ciudad y, tal vez, el evento más significativo en términos de terror colectivo: la amenaza de bombardear la destilería de YPF. Con la situación militar favorable a los antiperonistas, los habitantes de la ciudad –predominantemente de clase media- llevaron adelante algunas demostraciones antiperonistas, como

determinó la claudicación final de Perón el día 19 cuando sus propios generales le aceptaron la renuncia y el comienzo del exilio en la cañonera *Paraguay*. Los primeros intentos de resistencia –esporádicos e inorgánicos- no lograron torcer el brazo al *desbande*, la impotencia y la resignación (Melón Pirro 2009) y a pesar de estas acciones generalmente de carácter individual -cuya expresión fue el levantamiento de gran parte del cordón de la ciudad de Rosario, ferozmente reprimido – para el 22 de Septiembre el problema militar dejó de ser una preocupación para las nuevas autoridades.

En cambio el segundo núcleo problemático quedaría irresuelto y fue el gran talón de Aquiles de las nuevas autoridades, que los dejó expuestos a sucesivos fracasos. Según Cavarozzi, distintos elementos “hicieron que la cuestión sindical se transformará en el eje principal en torno al cual se dieron los principales conflictos políticos durante los escasos dos meses del gobierno de Lonardi” (Cavarozzi 1984, p.14). Esta afirmación encuentra pleno sentido si tenemos presente que fue la postura de Lonardi y su grupo más cercano –el general Justo León Bengoa y el Ministro de Trabajo Luis Cerruti Costa- ante la crisis sindical del 2 y 3 de Noviembre que resolvió a los sectores más duros del antiperonismo, encabezados por el vicepresidente Rojas y el general Aramburu, a desplazar a Lonardi. La imposibilidad de lograr sus objetivos en torno al sindicalismo puso en jaque los otros objetivos de la Revolución Libertadora, fundamentalmente la desperonización de la sociedad. Al sostener la institución sindical se dejó en pie una estructura que funcionó tanto como canalizadora de la protesta obrera en su sentido gremial, como en brazo político del peronismo proscripto.

Ya ha sido ampliamente abordado por la historiografía el vínculo establecido entre Perón y el peronismo con los trabajadores, así como también las relaciones entre la CGT y el partido de gobierno. Más allá de las consideraciones sobre la adscripción al peronismo por parte de los trabajadores⁴, el preámbulo al estatuto planteaba un serio escollo en sí mismo a las autoridades surgidas del proceso golpista en la medida en que oponía los

la quema de retratos de Perón y Eva, la recuperación de algunos espacios simbólicos y el reclamo por la restitución del nombre original de la ciudad

⁴ El proceso de adhesión sindical al peronismo ha sido abordado desde los estudios clásicos sobre los orígenes del peronismo sobre los cuales sería redundante volver. En términos generales se utilizará el concepto de peronización para dar cuenta del proceso que comienza a fines de los cuarenta y en los que se buscó establecer el control de los gremios de forma verticalista. Un claro ejemplo se observa en la intervención de La Fraternidad en 1952 al negarse a prestar apoyo en la campaña de reelección de Perón que presenta Walter Little.

intereses políticos fundamentales –la desperonización- con los intereses políticos reales de “pacificación”. La prédica desperonizadora se entreveraba con la voluntad conciliadora de algunos sectores nacionalistas del Ejército, las apetencias políticas de partidos tradicionales y obreristas, la voluntad de varios líderes gremiales excluidos durante el peronismo de retornar a una situación sindical pre 1943 y los intentos de los dirigentes sindicales por conservar los avances en materia de bienestar obrero y poder sindical.

Fue en este marco que se promovió el afianzamiento de la democracia sindical como objetivo de gobierno. Inicialmente este proceso fue compatible con la desperonización – objetivo que alzaban todos los actores sociales triunfantes en las jornadas de Septiembre de 1955 (Spinelli 2005)-, sobre todo en la medida en que Lonardi y algunos de sus colaboradores creyeron que se trataba de extirpar la enfermedad totalitaria de una sociedad, incluidos los sindicatos, que era presentada como esencialmente liberal, republicana y democrática. La concepción personal de Lonardi puede explicar en parte esta creencia inicial en la voluntad de los trabajadores de vincularse con su gobierno. La creencia fundamental era que

La libertad sindical, [es] indispensable para la dignidad del trabajador. [Por ello consideraba que su gobierno:] es mucho más favorable a los trabajadores que el régimen depuesto. No he pensado intervenir la CGT. Mi propósito es inmiscuirme lo menos posible en la vida autónoma de las organizaciones obreras. Los obreros están naturalmente inclinados a la práctica de una sana democracia y espero tener en ellos los mejores auxiliares de mi gobierno. (Lonardi 1958, citado en Gini 2003, p.72, entre corchetes agregados del autor)

En términos populares se puede pensar que Lonardi era de la idea que “muerto el perro se acabó la rabia”: corrido del escenario a Perón y sus más conspicuos colaboradores era de esperar que la natural inclinación del pueblo argentino –y por ende sus trabajadores- por la libertad y la democracia irían a hacer el resto. Su prédica de “sin vencedores ni vencidos” trasladado al plano sindical implicó sostener a la CGT como interlocutor privilegiado del movimiento obrero, una vez que sus dirigentes aceptasen la derrota del peronismo y la necesidad de contribuir a la pacificación de la sociedad.

El proyecto sindical de Lonardi incluía dejar en pie la mayor parte del edificio institucional peronista, incluidos sus sindicatos. Incluso mantuvo la vigencia del decreto 23.852 de 1945 que regulaba las asociaciones profesionales y mantenía la unidad sindical por rama. Este recién fue suspendido bajo el gobierno de Aramburu que promovió la

discusión sobre una nueva ley de asociaciones profesionales mucho más liberal que no prosperó. Incluso el sindicalismo libre, entendido como organización sindical libre y democrática –en términos de libertad sindical-, formó parte del artículo 14 bis que se incorporó a la Constitución Nacional en la fallida Convención Constituyente de 1957.

El plan del grupo nacionalista encerraba la aceptación por parte de la dirigencia sindical de su lugar en el armado político post-peronista. Esto incluía algunos de los postulados del sindicalismo libre, fundamentalmente la separación del sindicalismo del Estado, aunque con la pervivencia de un sindicalismo fuerte y unificado que lograra sostener aquello que era percibido como positivo de la década peronista. Las esperanzas de los promotores de este proyecto obtuvo su respuesta en la alocución que el secretario general de la CGT, Hugo Di Pietro, dirigió por radio a los trabajadores el 21 de septiembre. A las 18:30 Di Pietro, se dirigió por radio a los trabajadores y les pidió mantener la calma (*El Día*, 22-9-1955). Poco antes el general Lonardi, había brindado un discurso en el que dejaba sentado que la Revolución no se hacía en beneficio de ningún partido o clase, sino para imponer el “estado de derecho” (*El Día* 22-9-1955). Días más tarde Di Pietro volvió a brindar una alocución radial en la que amplió los alcances de la política de Lonardi en torno a la política laboral y sindical, después de haberse entrevistado personalmente con el presidente provisional. En su discurso dijo Di Pietro que

Afirmó el señor presidente provisional que su gobierno garantiza firmemente a los trabajadores y a sus organizaciones sindicales la vigencia plena de la justicia social lograda hasta el presente, concretada en las leyes y convenios conquistados, así como también el más amplio respeto a la Confederación General del Trabajo y a los sindicatos que la integran, y la seguridad para actuar en defensa de los derechos e intereses de los trabajadores (*La Prensa*, 26-9- 1955)

Sin embargo esto no fue suficiente para proteger ni a las sedes sindicales ni a los trabajadores que se vieron envueltos en una oleada revanchista patronal que llevó al flamante Ministro de Trabajo y Previsión, abogado laboralista y representante legal de varios sindicatos-entre ellos la Unión Obrera Metalúrgica-, Cerruti Costa, a realizar una advertencia a los empleadores sobre la necesidad de respetar la legislación laboral vigente (*El Día* 28-9-1955). A los ataques a la estabilidad laboral y las represalias en el lugar de trabajo se sumaron los ataques de los “Comandos Civiles”, compuestos fundamentalmente por radicales y socialistas, que tomaron, con la anuencia de autoridades militares, las sedes nacionales de algunos gremios favoreciendo un recambio en sus autoridades

Las presiones del arco liberal y más decididamente antiperonista dieron sus frutos y desde la CGT se decidió la renuncia de los dirigentes del consejo ejecutivo y el reemplazo por un triunvirato a fin de descomprimir las relaciones con el gobierno y facilitar el diálogo con las autoridades. Fueron propuestos para asumir Andrés Framini, de textiles, Luis Natalini, de Luz y Fuerza y Dante Viel, de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE), aunque los dos primeros, y sobre todo Framini, fueron las caras visibles de la CGT. Esta medida rindió sus frutos y el 6 de Octubre el gobierno firmó un acuerdo con la CGT en el que estos se comprometían a realizar elecciones en los gremios en un plazo no mayor a 120 días y a designar interventores en los sindicatos que se encontrasen en situaciones irregulares, es decir aquellos ocupados por antiperonistas. Esta decisión granjeó al gobierno el encono de los sindicalistas antiperonistas, que, según James (2006), temían de un proceso eleccionario que volviera a otorgarles el control a los peronistas.

Estos temores fueron acentuados por la decisión gubernamental de instalar interventores designados por la CGT en sindicatos donde había un conflicto abierto entre peronistas y no peronistas. Los sindicatos más afectados por esta política eran precisamente aquellos donde las fuerzas antiperonistas tenían mayor poder (James 2006, p.72)

La política sindical de los primeros días de la Libertadora afectaba con mayor profundidad a aquellos sindicatos en donde las direcciones estaban en disputa, donde los sindicalistas “libres” de distintos colores ideológicos tenían posibilidades de hacerse con el control de los sindicatos. De todas formas esta afirmación sobre los damnificados de la política sindical de Lonardi deja desatendido el problema del apoyo de los trabajadores que encontró el sindicalismo libre. Hay aquí un problema que no se puede resolver sino volviendo a prestar atención al desarrollo casi diario de la disputa entre peronistas y antiperonistas en el sindicalismo. Entiendo que la ampliación de la categoría de la *resistencia* a los momentos iniciales de la Libertadora tiende a diluir la posibilidad de que trabajadores hayan participado del consenso sobre la inviabilidad del proyecto peronista que se desplegó a mediados de 1955 y en los meses del gozo del triunfo golpista. Más útil aparece para esta exposición la idea de Melón Pirro de la existencia de un diagnóstico compartido sobre el peronismo con el cual “no era difícil coincidir” (Melón Pirro 2009, p. 41) que lo proponía como un fenómeno residual, ante la evidencia de lo fácil de su derrota en las jornadas de Septiembre.

Sin dudas las bases pueden haber superado la cautela de sus dirigentes, pero el temor, en este caso, parece estar del lado de los dirigentes peronistas que temían, por un lado, a la

siempre presente amenaza de intervención y desplazamiento por la fuerza, y por el otro a la extensión de este discurso legitimador que cargaban algunos de los sindicalistas libres que los emparentaba con el consenso antiperonista y del que incluso algunos peronistas, incluidos, veremos, los dirigentes de la CGT, no dudarían también en utilizar.

Sindicalismo platense en 1955

La centralidad que adquirió el escenario platense en el plano militar durante el golpe, no se condijo con la situación gremial. Durante los primeros momentos de la Revolución Libertadora el eje sindical estuvo puesto en la situación en Buenos Aires, algo lógico si se atiende a que allí funcionaban las sedes nacionales de los sindicatos más importantes y la propia central sindical. La toma de sindicatos en dicha ciudad por los Comandos Civiles fue parte del sentimiento fatalista de los dirigentes peronistas, sumidos en la inacción ante la propia postración de la CGT, que rápidamente intentó entrar en entendimiento con las nuevas autoridades, conscientes de la, a esa altura, inevitable derrota de Perón. En el caso platense la centralidad porteña se traduce en la pérdida de capacidad autónoma de lo local. La corta distancia entre la ciudad de Buenos Aires y la de La Plata desvanece en gran medida esta dicotomía que se puede encontrar en otras regionales de la CGT –en la historia del sindicalismo Córdoba encarna el ejemplo más concreto- entre el centralismo porteño y el federalismo de las regionales. Así, la pérdida de capacidad de acción de los dirigentes cegetistas rápidamente se contagió a los dirigentes platenses, pero con el agravante que el abandono de los locales sindicales por parte de los dirigentes platenses no acarrea las consecuencias políticas que en el caso porteño. Esto facilitó la gestión a los sindicalistas libres de la ciudad para hacerse con el control de varias sedes sindicales. Por ese motivo no parece, al menos para La Plata, haberse sucedido las tomas por medio de métodos violentos, sino mediante la ocupación de sedes vacías. Estas tomas no pueden ser homologadas, por tanto, con simpleza a lo acontecido en las sedes porteñas. La historiografía ha señalado, para el caso de Buenos Aires, justamente la postura contraria: la existencia de núcleos peronistas irreductibles que se niegan a abandonar las sedes gremiales y que reclaman a las nuevas autoridades la protección frente al avance de los liderazgos opositores a las conducciones peronistas.

Las crónicas periodísticas de los dos diarios de la ciudad en casos como los de ATE, Federación de Obreros y Empleados Telefónicos de la República Argentina, Obreros de la

Construcción, Pintores, etc., un panorama en que predominan delegaciones de trabajadores que asumen en forma provisoria las funciones de las dirigencias sindicales. Incluso en el caso de ATE, los ocupantes labraron un acta frente al escribano público Oscar Jorge Pertino, sobre las condiciones en las que encontraron el inmueble de la sede en la calle 57 N°371 (*El Día*, 15-10-1955). Estos casos permiten conjeturar, por tanto que el escenario sindical platense en estas jornadas careció de la violencia que la bibliografía presenta para el caso porteño. Sin dudas la idiosincrasia platense, vinculada de forma mucho más estrecha a los poderes públicos bonaerenses y a la vida universitaria, mantuvo, a pesar de algunos significativos cambios (Vallejos 2007), a la vida sindical en sus márgenes. Esta somera presentación para el caso del centro platense debe ser revisada para los casos de las vecinas ciudades de Berisso y Ensenada, que dependían de la misma delegación regional, pero que por la distinta conformación demográfica –con predominancia obrera- puede presentar casos distintos.

En este marco de cierta pasividad sindical se gestó la toma del local de la Delegación regional de la CGT La Plata. El edificio de la avenida 51 entre 3 y 4 había sido recientemente inaugurado en el mismo mes de Septiembre. La inauguración del local significó, según la crónica periodística, motivo de orgullo para los trabajadores platenses y además otorgó un punto de confluencia que será importante en los años venideros. Pero la algarabía de los trabajadores y dirigentes peronistas no duró demasiado ante los eventos que se desarrollaron durante el mismo mes y el local pasaría a control de una tendencia ideológica diferente en los días subsiguientes.

Definiendo la acción

El acuerdo entre la CGT y Lonardi del 6 de Octubre alertó a los dirigentes gremiales libres sobre las consecuencias que dicha acta tendría para la suerte de su movimiento. Existe un consenso generalizado en torno a que los mayores opositores a tal acuerdo no surgieron de las filas de las Fuerzas Armadas –desde donde, de todas maneras, se advertía el peligro de lo que se consideraba una actitud paternalista de Lonardi frente al gremialismo cegetista- sino de los gremialistas que consideraron a la Revolución Libertadora como su momento de acción. Así “las trincheras de la lucha en contra del intento de Lonardi y Cerrutti Costa de conciliación con la CGT fueron ocupados por el sindicalismo “democrático”” (Cavarozzi 1984, p.16). Si se matiza la idea del temor frente al eventual

acto eleccionario sindical, la oposición del gremialismo independiente se sostenía en la creencia arraigada que el proceso desperonizador incluía la reformulación del esquema sindical. La propuesta del sindicalismo libre giraba en torno a suprimir la integración del aparato sindical al Estado en lo que era considerado un modelo fascista y promover la libertad sindical. El plan de Lonardi y su ministro de trabajo se presentaba como una amenaza al programa de los sindicalistas libres. La construcción del sindicalismo libre era lo que estaba en juego, más allá del control de los sindicatos, y la posibilidad de separar definitivamente a los sindicatos de la tutela estatal. Esta construcción era, para los sindicalistas libres, la condición necesaria para abstraer a los trabajadores de la cooptación como la que ejerció Perón: la mejor salvaguarda ante la posibilidad de un rebrote “totalitario”.

Este programa de acción sindical, como se describió, preexistente a la Libertadora, se entremezcló con un discurso mucho más difuso y compartido vinculado a la libertad y la democracia como conceptos englobantes del consenso antiperonista. La difusión de los ideales de libertad y democracia en los días posteriores al triunfo septembrino puede rastrearse en el editorial que el diario *El Día* dirigió especialmente a los trabajadores. En pos de granjear para las nuevas autoridades el apoyo de los obreros de la ciudad, el editorial señalaba que

corresponde (...) destacar especialmente la actitud que en tan decisiva emergencia han adoptado las fuerzas del trabajo. Fueron ellas las más directamente destinatarias de los métodos de captación utilizados por la tiranía en su propaganda demagógica, con el deliberado designio de utilizarlas en respaldo del sojuzgamiento de las libertades públicas, en primer término las que específicamente dan esencia al auténtico movimiento sindical (*El Día*, 10-10-1955)

La esencia del movimiento sindical, para el editorialista del matutino, era la libertad. En el contexto de la editorial, la libertad adquiere dos significados: en primer término de lo que implicó a partir de la utilización del apoyo obrero –por medio de la CGT- para favorecer al “régimen depuesto” y así avasallar las libertades públicas –entendidas como las libertades individuales de todos los argentinos- y en segundo término la libertad aparece como la garantía necesaria para el correcto desenvolvimiento de la vida sindical. Para reforzar esta segunda acepción es que les recuerda que “el imperio de la libertad (...) representa para ellos liberarlos de la sujeción a cualquier designio político para dejarlos encuadrados en el plano estrictamente laboral que es lo que compete a la defensa de los

intereses proletarios” (*El Día*, 10-10-1955). La libertad así entendida era el ideal del retorno a la situación preperonista que sostenían los gremialistas libres: un sindicalismo abocado a las tareas sindicales, sin injerencia político partidaria.

La postura de Lonardi y Cerruti Costa no apuntaba a la construcción de este tipo de libertad para el sindicalismo, sino que se proponía la utilización de lo que comprendían era un canal de expresión de la protesta obrera (Schneider 2005), la CGT, en pos del lograr el objetivo de la pacificación de la sociedad argentina y realizar la máxima de “ni vencedores ni vencidos” con la que el mandatario provisional había asumido la presidencia. Guillermo Gini (2003) sostiene que la propuesta de Lonardi, amparada en una clara lectura del proceso político y sindical, apuntaba a construir la democracia sindical, entendiendo esta como “el libre acceso de todos los obreros a la elección de autoridades, tanto como elector como en el rol de candidato” (Gini 2003, p.113). Mientras que “para los otros [incluidos los sindicalistas libres] significaba eliminar al peronismo” (ídem. p.113, entre corchetes agregado mío). El problema de esta interpretación no radica en lo que significaba para los sindicalistas libres la democratización del sindicalismo, ya que sin dudas implicaba la eliminación del peronismo, sino en colocar en dicho objetivo el centro de su proyecto sindical. Como se viene sosteniendo en estas páginas el logro de la libertad sindical –y ya no la democracia- desterraría al peronismo del movimiento sindical. La democracia sindical, en su sentido operativo concreto -elegir y ser elegido- estaba subordinado a la concreción de la libertad sindical.

Libertad y democracia tendieron a confluir en los discursos gubernamentales y agregaron mayor incertidumbre al panorama sindical. Esta incertidumbre era percibida por los actores sindicales en pugna y debilitaron la posición de las autoridades del Poder Ejecutivo, como bien ha señalado la historiografía. La imposibilidad de resolución de la interna sindical colocó sistemáticamente a la línea nacionalista a merced de los de extracción liberal y decididamente antiperonistas. El discurso oficial sobre el problema comenzó a bascular entre sostener el ideal de la democracia o el de la libertad. Ejemplo de esta oscilación fueron las palabras del ministro Cerruti Costa el 13 de Octubre:

El gobierno ha dicho que está dispuesto a respetar las organizaciones sindicales. Estamos dispuestos a respetar las ideas de los hombres que están en las organizaciones sindicales, pero no podemos respetar a nadie que esté en las organizaciones sindicales a espaldas de su gremio. Es necesario que la democracia sindical se imponga definitivamente en las organizaciones gremiales y que, libres, sin presión de ninguna

clase, sin apoyar o estar en contra del gobierno, logren fortalecer definitivamente y formar una central obrera potente y enérgica (*El Día*, 14-10-1955)

En pocas líneas atendía el ministro a las fuerzas antagonistas del sindicalismo post golpe de Estado. Por un lado recordaba a los dirigentes gremiales que habían tomado los sindicatos que no podían continuar sin realizar elecciones –tal como establecía el acuerdo dado a conocer el día 6- y permanecer, por tanto, a espaldas de su gremio. Y por otra parte recordaba a los sindicalistas su función gremial, su libertad en los términos que reconocía el sindicalismo libre y la herramienta de la democracia sindical para lograrlo. Este recordatorio a ambas fuerzas en disputa debe llamar la atención a fin de no adscribir de forma inmediata a Lonardi y los nacionalistas con los ideales del sindicalismo cegetista. Al fin y al cabo las presiones sobre el Poder Ejecutivo no provinieron sólo de los sindicalistas libres, sino también de los propios cegetistas. Para peor, la acción de algunos líderes gremiales atentaron contra la viabilidad del plan de Lonardi, Bengoa y Cerrutti Costa, y el propio ministerio de trabajo debió advertir a los gremialistas sobre los límites de su acción sindical al encontrarse en el sindicato portuario (SUPA) folletos favorables a Perón. En el comunicado se sostenía que

No deben confundirse los términos. Una cosa es gremialismo y otra actividad política. Doce años de alteración y confusión de estos principios permitieron que prácticamente existieran entidades sindicales funcionando en una dirección netamente política. (...) Pero la desvirtuación (*sic*) de este principio y el uso del sindicato como medio de propaganda política, subversiva o no, implica una deslealtad al movimiento obrero. Deslealtad que colinda con la traición a los ideales que el movimiento debe sustentar (...) es imprescindible que se colabore con el gobierno, en el sentido en que este pueda hacer que la libertad gremial y el afianzamiento de la democracia, dentro de las organizaciones a través de elecciones libres, llegue a ser una realidad deseada por todos y que los verdaderos trabajadores se merecen. (*El Día*, 14-10-1955)

Los objetivos desplegados por el ministerio condicen prácticamente con los del sindicalismo libre. La advertencia a los cegetistas estaba, entonces, hecha: ante la posibilidad de intentos de paro y movilización para el 17 de Octubre, la propia acción del gobierno era, además de desplegar el aparato represivo para garantizar la “libertad de trabajo”, colocarlos frente al sindicalismo libre. La amenaza, de todas formas no amedrentó a los cegetistas y ante la continuidad de las tomas volvieron a esgrimir la posibilidad de llevar adelante un paro el 2 de noviembre que tuvo una dispar adhesión. Las vicisitudes por las que ese logró detener la medida de fuerza son conocidas. Interesa aquí volver a resaltar la indefinición del elenco gobernante sobre las opciones que se abrían frente al panorama

sindical a fin de romper con la idea de una vinculación estrecha entre Lonardi y la CGT. En un intercambio con la prensa el ministro Cerruti Costa sostuvo que

la más importante conquista obrera de los trabajadores es la democracia y la libertad (...) las organizaciones sindicales, cuyo progreso material es innegable, habían perdido su libertad y se habían convertido en meros apéndices de un partido político. Subyugadas sus fuerzas a un dirigismo absoluto, eran organizaciones que, miradas de lejos, parecían colosales, pero cuando llegaba la hora de la lucha se convertían en colosos con pies de barro (...) Muchos de ellos –sus dirigentes- más que representantes de los trabajadores, eran representantes del estado ante los trabajadores. (...) los sindicatos que no eran favorables al régimen, eran asaltados; como La Fraternidad, la Carne y los Metalúrgicos, llegándose al caso concreto del Sindicato del Banco Nación, al que se le fue arrebatado en forma ilegal su local propio, conseguido a costa de ingentes sacrificios (...) Podemos decir que la Confederación General del Trabajo fue durante mucho tiempo el principal muro de contención de las aspiraciones que tenían los trabajadores (*El Día*, 2-11-1955)

La advertencia, nuevamente recaía sobre los dirigentes cegetistas, llegando al punto de justificar las tomas de las sedes sindicales.

Resolviendo el dilema

Si el Poder Ejecutivo aun contaba con chances para maniobrar entre los dos proyectos sindicales, para los actores centrales el espacio se achicaba. Ante la indefinición gubernamental frente a la amenaza de paros para el 17 de octubre, los sindicalistas libres de La Plata adoptaron una medida a fin de conseguir sus objetivos. Así mientras el comunicado en relación a los eventos de SUPA se daban a conocer a la opinión pública, un grupo de representantes del gremialismo libre tomaron el local de la delegación regional de la CGT. Esta medida fue paralela a la toma de La Fraternidad y de ATE al que ya se hizo referencia, por lo que no es extraño pensar que existió coordinación entre los dirigentes del gremialismo libre platense. También es necesario pensar los vínculos con los sindicalistas libres porteños, en la medida en que se desplegaba la campaña en torno a la *amenaza contrarrevolucionaria* por parte del “Movimiento pro recuperación del gremialismo Libre” en la Capital Federal (Gini 2003). De este movimiento formaban parte sindicalistas socialistas que compartían espacios ideológicos con los dirigentes platenses.

La toma no difería de otras tomas, y un grupo de dirigentes se constituían en comisión provisional hasta que se regularizase la situación de los organismo sindicales locales. Esta comisión quedó compuesta por Aldernado Brunatti del Sindicato Único de Dibujantes de la República Argentina, Julio Falasco del Sindicato Unión Ferroviaria, Baltasar Orтели del Sindicato Unión Petroleros del Estado, Francisco Beneito de La

Fraternidad sección La Plata y Elías Alberto Sanz de la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos. Como secretario general se lo designó a Falasco. Otros cargos fueron ocupados por delegados de FOETRA y del Sindicato de la Carne de Berisso, lo que en este contexto no deja de parecer una sorpresa. Mientras esto ocurría en la sede local de la CGT también se realizaba la toma del local de ATE. A diferencia de la comisión provisoria de la CGT, en ATE emitieron una proclama. En esta se hacía referencia a lo que para estos sindicalistas implicaba la democracia sindical. El principal objetivo sostuvieron “consiste en crear las condiciones necesarias para que en un plazo perentorio se elijan las autoridades auténticas del mismo en una comisión no sujeta a influencias extrasindicales” (*El Día*, 15-10-1955). Resulta evidente como para los sindicalistas libres libertad sindical, democracia sindical, y eliminación del peronismo son objetivos compatibles. Al fin y al cabo las condiciones necesarias –la eliminación del peronismo- para la elección de autoridades auténticas implicaba en el mismo proceso eliminar las influencias extrasindicales – estatales.

La apuesta del sindicalismo libre apuntaba a garantizar el normal desarrollo de la jornada laboral del 17 de Octubre. La toma de la delegación de la regional de la CGT como parte de la disputa por los espacios institucionales y, como sostiene Cavarozzi, los sellos sindicales les otorgaba la posibilidad de autoproclamarse representantes obreros. Así por ejemplo durante el 17 se entrevistaron con el recién designado delegado de Trabajo y Previsión de La Plata, el Capitán Rodrigo Fontán y al mediodía, después de la entrevista, entregaron un comunicado a la prensa en el que sostenían que el funcionamiento de los servicios públicos había sido normal. La apropiación del sello Delegación Regional de la CGT les permitió arrogarse el éxito de la jornada laboral frente a los “elementos agitadores”.

El mismo procedimiento repitieron ante el paro del 2 y 3 de noviembre. Pero a diferencia de lo acontecido el 17 de octubre, donde los que fueron señalados como perturbadores eran elementos agitadores inorgánicos –la CGT había garantizado también la jornada laboral-, esta vez fijaron una dura posición contra las autoridades de la entidad nacional y expresaron el apoyo a las autoridades al tiempo que recordaban la filiación de los cegetistas con Perón. La Delegación Regional de la CGT manifestó que

En conocimiento de que algunas personas al servicio de funcionarios depuestos, pretenderán obstaculizar el acceso de los trabajadores a sus lugares de tareas, la

Regional La Plata de la CGT recomienda desoír terminantemente cualquier orden que aconseje el paro de actividades.

La regional advierte que tal paro está exclusivamente destinado a perturbar el orden y la tranquilidad de la población y que redundara en perjuicio de los propios trabajadores. (*El Día*, 3-11-1955)

El enfrentamiento entre la CGT y su Delegación regional estaba ya planteado. La diferenciación que entre ambos espacios institucionales se planteó a partir de la toma se convirtió en una disputa por espacio institucional.

La formación y el declive del CENE

El enfrentamiento entre ambas fuerzas sindicales se mantuvo hasta este momento en un plano de desigualdad, al menos institucional, entre los contendientes. Las tomas sindicales se seguían sucediendo y a la par aumentaban las detenciones de ex delegados peronistas por diversos actos.⁵ Ante la incapacidad del gobierno por cumplir los puntos del acuerdo del 6 de Octubre, la central sindical endureció su postura, más aun cuando se conoció la noticia de la toma de la delegación cordobesa de la CGT.

La escalada en el enfrentamiento llevó a que el rumor sobre una nueva huelga general era inminente. Ante esta perspectiva los sindicalistas libres reaccionaron denunciando la maniobra como antirrevolucionaria y dejando en evidencia que los autores de la misma eran las autoridades sindicales porteñas. La presión sobre el gobierno de Lonardi por definir la disputa sindical era cada vez mayor y el 12 de noviembre los sindicalistas libres darían un paso trascendental al constituirse como Central de Enlace Nacional de Emergencia. La Delegación Regional de la CGT La Plata, decidió así proponerse como central sindical paralela ante la incertidumbre que rodeaba a las autoridades de la CGT. Al fundamentar su decisión sostuvieron que

los gremios del país se hallan actualmente en un estado de incertidumbre, por la incapacidad directriz de las pretendidas autoridades instaladas en el edificio de la calle Azopardo 802, sede de la CGT, añadiendo que la mayoría de las entidades de dicho carácter, del interior de la Nación, se han manifestado a favor del movimiento sindical libre, liberándose de la tutela de los jerarcas de la metrópoli (*El Día*, 13-11-1955)

Si en los días previos el enfrentamiento era entre dos visiones contrapuestas sobre el futuro de la estructura sindical, en este caso se trató directamente de la negación de la capacidad dirigencial de las autoridades cegetistas y su desconocimiento como tales. Lo

⁵ El más común era incitar al paro. En las jornadas del 2 y 3 de noviembre al menos 20 delegados fueron detenidos

que estaba en juego no era ya el control del proceso sindical, sino la pervivencia misma del sindicalismo argentino ya que “este estado de cosas parece perdurar y traerá como consecuencia la desorganización de la clase trabajadora, mientras la clase capitalista se mantiene unida en defensa de sus intereses” (*El Día*, 13-11-1955).

El desafío a la autoridad de los dirigentes gremiales de la CGT ya no pudo ser enmarcado por estos como dirigentes díscolos de gremios minoritarios, y la amenaza siempre latente de su reemplazo por los gremialistas libres, se volvió una realidad posible. En este sentido Framini y Natalini no tardaron en responder y la tapa del diario *La Prensa* –aun controlado por la CGT- se ocupó de denunciar el proceso iniciado en La Plata. El desafío local, se volvió, así, nacional, y para colmo con un sesgo antiporteño, como expresara los considerandos de la CENE. El comunicado de la central obrera sostenía que

quienes han ocupado el local que en la ciudad de La Plata posee la CGT (mediante la lenidad de los funcionarios que no supieron cumplir con sus obligaciones de agentes de la ley), se han autoasignado los poderes que la soberanía democrática de seis millones de trabajadores han otorgado a esta central obrera (*La Prensa*, 13-11-1955)

Mientras el proceso platense despertaba el encono de los líderes de la CGT, el presidente Lonardi recibía a una delegación de obreros libres de Córdoba quienes le manifestaron que habían constituido una “entidad sindical –ajena a la CGT- a la que –expresaron- ‘hemos perdido la confianza’” (*La Prensa*, 13-11-1955). También se sumaron las tomas de otras delegaciones y las críticas al gobierno por el desalojo de la toma de la delegación rosarina. El evento platense se enmarcaba, por lo visto, en una reacción en las delegaciones del interior, donde la correlación de fuerzas permitía la ocupación de las sedes sindicales sin propiciar la reacción del gobierno o los líderes cegetistas. De todas maneras esta avanzada regional sobre la central obrera fue denunciada por Framini en el pedido de cumplimiento del acta del 2 de noviembre por el que se había logrado detener la huelga. En su tercer punto se señalaba como incumplimiento

la insistencia en los asalto a entidades sindicales del interior del país, contrariando disposiciones que animan la letra y el espíritu de la resolución, tal como el caso acontecido en nuestra regional La Plata, en Juárez y se pretende hacer en Carmen de Patagones (*La Prensa*, 13-11-1955)

Entablada la disputa, el CENE daría a conocer su último y más concreto comunicado. En medio de las disputas que terminó con el desplazamiento de Lonardi,

la CENE buscó aprovechar el nuevo contexto para lograr el favor de las nuevas autoridades y reafirmar la falta de capacidad de Framini y Natalini para conducir una central que ya no les respondía. La crónica periodística daba cuenta de esta manera de la postura de la CENE:

impugna la declaración de los dos dirigentes a cargo de la CGT con asiento en la capital federal, acusándolos de ´entregadores de la clase obrera´ (...) señala la necesidad de que ´la clase trabajadora que va teniendo conciencia propia después de 12 años de humillación y persecución, sepa reaccionar democráticamente´.

Añade el documento: ´Que la actitud de esta Central de Enlace no significa divisionismo y solo se ha dispuesto a la tarea de ordenar el movimiento obrero que dos sujetos desde un suntuoso edificio y con la complicidad de elementos reaccionarios quiere seguir explotando a los trabajadores con el mismo armazón totalitario que sirvió a la dictadura. (...) que han sido los perseguidores durante 12 años de dictadura, de los obreros libres que crearon el movimiento sindical argentino con sacrificio, sin autos y sin prebendas oficiales. (...) Que hasta la fecha han tratado a espaldas de los trabajadores sin consulta de las masas, sin representación alguna, puestos a dedo por los jerarcas de la dictadura depuesta y solo fueron valientes cuando toda la fuerza del estado totalitario estaba a su servicio.

La CGT Regional La Plata, Comisión de Enlace Nacional de Emergencia (CENE) no reclama ante nadie como lo hace la central totalitaria, sino que se remite a todas las adhesiones y manifestaciones hechas por los obreros libres, demostrando así que somos de la clase trabajadora la mayoría del país, y que nuestra sola presencia ha hecho irrumpir en los ambientes proletarios la nueva tónica democrática y libre que ha resultado de la Revolución Libertadora, que somos la expresión de la tradición que puso los cimientos firmes y sólidos del auténtico sindicalismo argentino libre, democrático y honesto´. (*El Día*, 14-11-1955)

La extensa cita vale la pena para percibir cual era el rumbo que los sindicalistas libres querían imprimir al movimiento sindical argentino. La declaración fijaba al sindicalismo libre como el brazo sindical de la Revolución Libertadora, es decir, se apegaba al fuerte consenso que esta supo granjear, al tiempo que retrotraía su propia historia al sindicalismo preperonista, un momento de construcción “heroica” del sindicalismo, sin el apoyo estatal. Por otra parte había un claro mensaje a su incapacidad como líderes sindicales teniendo en cuenta que los intentos de huelga habían, en sus términos, fracasado, lo que demostraba la incapacidad de los dirigentes para dirigir sin el apoyo estatal.

Por último es interesante resaltar el discurso que sostenían sobre quiénes eran los interlocutores del mensaje que esgrimían: los propios trabajadores. Sin dudas conscientes de no contar con apoyo suficiente entre las autoridades reclaman para sí la adhesión de los trabajadores y sus instituciones gremiales. Intentaba colocar a las autoridades de la CGT en un lugar de ilegitimidad frente a la clase obrera por sus vinculaciones con las autoridades depuestas. Arrogarse para sí la representación obrera era un desafío discursivo que sin

embargo no podían sostener en los hechos, a pesar de reclamar un lugar destacado en el “éxito” de la jornada laboral del 2 y 3 de Noviembre. La respuesta no se hizo esperar y los dirigentes cegetistas respondieron dando cuenta en parte de la retórica de la Libertadora a fin de cosechar apoyo en la ya debilitada facción nacionalista. Así, el comunicado de la CGT no dejó pasar la oportunidad de presentarse también como el brazo ejecutor de la política sindical de la Libertadora acusando a los sindicalistas libres de “poner obstáculos a la normalidad que necesita la Nación” (*La Prensa*, 14-11-1955) y alejarse de las acciones que la Libertadora había fijado para el sindicalismo: la representación exclusivamente gremial. Acusaba, entonces, a los sindicalistas libres de presentarse como representantes gremiales “pero por su actitud muestran a las claras que el origen de sus andanzas puede hallarse en el terreno de la política” (Ídem). Se trataba de una interesante inversión de la acusación: ambas partes presentaban a su contendiente inspirado en fines extrasindicales.

La experiencia del CENE es interesante también por este pequeño triunfo discursivo: colocar a las autoridades cegetistas en el plano de tener que discutir sobre sus prácticas en tanto expresiones del sindicalismo libre –de tutela estatal y de conducción ideológica-. Imposibilitados en el plano real de controlar la central sindical por medio de las herramientas que ellos mismos proponían –básicamente la democracia sindical-, los sindicalistas libres lograron que en el plano del discurso que las autoridades de la CGT porteña tuviesen que admitir que estaban en mejores condiciones para ejercer el liderazgo sindical que reclamaba el momento para lograr el objetivo de orden laboral que proponían las autoridades golpistas.

La Intervención de la CGT y el fin de la experiencia del CENE

La intervención de la central sindical el 15 de noviembre derivó en el fin de la experiencia de la CENE. La intervención de la sede de Azopardo, sin dudas azuzada desde los círculos gremialistas libres –en sendos comunicados pidieron sanciones para los dirigentes “facciosos” y “totalitarios”-, significó el fin de la efímera experiencia de la coordinación del sindicalismo libre a nivel nacional y con inserción institucional. En esos días la CENE había comenzado a recibir cada vez más adhesiones de delegaciones regionales de la provincia de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe –incluso un dirigente santafecino se entrevistó con la comisión-, y se esperaba la adhesión de la importante delegación de Rosario, ocupada el 15 de noviembre. Además había logrado constituir una

comisión de sindicalistas libres para los frigoríficos Swift y Armour e intervenir, por medio de asamblea de afiliados, la única seccional ferroviaria aun bajo control peronista, la Seccional del ferrocarril provincial en La Plata.

Con motivo de la intervención los miembros de la CENE presentaron sus renunciaciones tanto como miembros de la Comisión Nacional como de la Delegación Regional de la CGT a fin de “facilitar el trabajo del interventor” (*El Día*, 22-11-1955), lo que da cuenta de la afinidad entre las autoridades del CENE y las nuevas autoridades nacionales. A fin de tratar estas renunciaciones se reunió una asamblea en la sede de la CGT platense en la que concurrieron los sindicatos controlados por los sindicalistas libres.⁶ Ante el clamor de los delegados los dirigentes retiraron sus renunciaciones, solo para volver a presentarlas, aunque esta vez, y contradiciendo a su prédica *libre* ya no a los delegados gremiales, sino al interventor de la Delegación Regional de la CGT el capitán de navío Miguel Ángel Víctor Rondina designado por Alberto Patrón Laplacette. La asunción del interventor significó la expulsión práctica de los sindicalistas libres –y de todos los sindicalistas- de la sede local de la CGT y sus acciones dejaron de ser considerados en la prensa platense.

La intervención, atendiendo a la presentación de las renunciaciones, fue considerada un éxito para los sindicalistas libres. Sin embargo constituyó el fin de su efímera experiencia local e intento de proyección nacional. Resta saber el desenlace de las comisiones que tomaron los sindicatos platenses que apoyaron la iniciativa de la CENE y la toma de la CGT local con posterioridad a la intervención, pero sin dudas si en algún momento los sindicalistas libres platenses cobijaron la ilusión de constituirse como interlocutores privilegiados del gobierno y de erigirse como representantes de las mayorías obreras, esta ilusión fue pasajera.

Bibliografía

⁶ El plenario realizado contó con la presencia de delegados de los siguientes organismos gremiales: Sindicato Único de Petroleros del Estado (SUPE), Asociación de Empleados de Comercio, Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) filial Ensenada, Unión Tranviarios Automotor, La Fraternidad Seccional Tolosa, Sindicato de Obreros y Empleados vitivinícolas, Unión Mecánicos Dentales de la República Argentina (UMDRA) filial La Plata, Industria de la Carne derivados y Afines, de Berisso, Federación Gráfica, Sindicato de Obreros y Empleados del Ministerio de Educación de la Nación, Sindicato de Obreros y Empleados Municipales, filial La Plata, Federación de Obreros y Empleados de la Provincia, Unión Obrera Maderera, regional La Plata, Asociación de Técnicos Industriales, Unión Ferroviaria La Plata y Sindicato de Obreros Mosaistas, regional La Plata.

BASUALDO Victoria (2014), “ El sindicalismo “libre” y el movimiento sindical argentino desde mediados de los años ´40 a mediados de los años ´50”, en *Anuario IEHS, Tandil*.

------(2013), “El movimiento sindical argentino y sus relaciones internacionales: una contribución sobre la presencia de la CIOSL y la ORIT en la Argentina desde fines de los ´40 hasta comienzos de los ´80” en *Revista Mundos do Trabalho*, vol. 5, n. 10, julho-dezembro de 2013. p. 199-219.

Disponible en <http://dx.doi.org/10.5007/1984-9222.2013v5n10p199>

CAVAROZZI Marcelo (1984), *Sindicatos y política en Argentina*, CENDES, Buenos Aires.

CONTRERAS Gustavo (2009), “La huelga marítima de 1950 y sus pormenores. Una aproximación al estudio de la estrategia de la clase obrera durante el gobierno peronista” en *Documentos y Comunicaciones del PIMSA*; Buenos Aires.

DOYON Louise M.(2006), *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, Siglo Veintiuno Editora Iberoamericana, Buenos Aires.

FERNÁNDEZ Fabían (2005), *La huelga metalúrgica de 1954*, Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires

GINI Guillermo (2003), “Un intento de democratización: política sindical durante el gobierno del general Lonardi. (23 de septiembre a 13 de noviembre de 1955)” en *Temas de Historia Argentina y Americana*, N°3, UCA, Buenos Aires

JAMES Daniel (2006), *Resistencia e Integración. El Peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Siglo XXI, Buenos Aires.

MELON PIRRO Julio César (2009), *El Peronismo después del Peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego del 55*, Siglo XXI, Buenos Aires.

ODDONE Jacinto (1950), *Los sindicatos libres y el gremialismo oficial*, Buenos Aires

SCHNEIDER Alejandro (2005), *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo (1955-1973)*. Imago Mundi, Buenos Aires.

SPINELLI María Estela (2005), *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “Revolución Libertadora”*, Biblos, Buenos Aires.

SCHIAVI Marcos (2013), *El poder sindical en la Argentina peronista (1946-1955)*, Imago Mundi, Buenos Aires.

VALLEJO Gustavo (2007), *Escenarios de la cultura científica argentina. Ciudad y Universidad (1882-1955)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.